

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 05 | NÚMERO 09 | JULIO 2024 | ISSN 2452-5707

REFLEXIONES

La historia de la clase media y las emociones. Caminos posibles

The history of the middle class and emotions. Possible paths

Cintia Mariela Mannocchi
Universidad Nacional de General
Sarmiento

 mannocchicintia@gmail.com

 [0009-0006-3994-7092](https://orcid.org/0009-0006-3994-7092)

Recibido: 15 de abril 2024

Aceptado: 04 de julio 2024

Resumen: El siguiente ejercicio de reflexión pretende realizar un aporte a la historia de la clase media argentina y su construcción identitaria en la medida que le abre un espacio en el campo al análisis de las emociones. Concebimos que estas son esenciales al momento de historizar de qué modo y bajo qué circunstancias surge una identidad de clase media, así como sus cambios. Por ello, compartimos caminos teóricos y metodológicos tan posibles como debatibles, que ya fueron parte de nuestro trabajo investigativo y articulan de forma heterodoxa algunos conceptos desde la sociología de las emociones y los estudios socioculturales.

Palabras claves: clase media, emociones, identidad de clase.

Abstract: The following reflection exercise aims to make a contribution to the history of the Argentine middle class and its identity construction to the extent that it opens a space in the field of analysis for emotions. We conceive that emotional aspects are essential when historicizing when, in what way and under what circumstances a middle class identity emerges. As well as the changes given inside it. To do this, we share theoretical and methodological paths that are as possible as they are debatable, which already formed our own investigative work and articulate some tools and concepts from the socio-cultural studies and the sociology of emotions in a heterodox way.

Key words: middle class, emotions, class identity.

Introducción

En Argentina hace ya más de dos décadas, y al calor de los efectos sociales de la crisis del año 2001, se han extendido los estudios sociológicos abocados a las identidades de clase media. Estos abordaron especialmente el período de los años noventa y las consecuencias del neoliberalismo en dicha clase, haciendo punta con los trabajos de Svampa (2005; 2000) y Wortman (2003) que analizaron junto al empobrecimiento del sector, la crisis de las normas morales y de comportamiento vinculadas a la modernización, la cultura, el mayor consumo y el aumento de la escolaridad que lo habrían caracterizado históricamente en el país y se hallaban en declive.¹ En cambio, la historiografía ha manifestado un mayor interés en el surgimiento y constitución de la clase, espacio de discusión en el que inscribimos estas reflexiones y que hasta el momento cuenta con un abordaje acotado en comparación al de la cuestión de la clase obrera e incluso de las élites del país.

Los lineamientos teóricos para el tratamiento histórico alrededor de la conformación y constitución de las identidades de clase media se han venido sirviendo de conceptos sociológicos como el de moralidades, capitales, luchas clasificatorias, estatus e identidades móviles. (Visacovsky y Garguin, 2009; Adamovsky, 2009; Adamovsky, Visacovsky y Vargas, 2014); conceptos que le escapan a la mirada marxista y estructuralista. Sin embargo, todavía, poco se ha abordado el rol que juegan las emociones y el plano afectivo emocional en la construcción social de la diferencia y la historia de la posición ocupada por los individuos en una jerarquía de poder y estatus, problema planteado por la sociología de las emociones hace bastante tiempo. La cuestión que proponemos sumar al campo es: ¿De qué modo las emociones pueden contribuir a la historia de la constitución de la identidad de clase media? ¿Desde qué abordajes teóricos y metodológicos se podrían tomar? Teniendo en cuenta que la heterogeneidad de la clase media dificulta la delimitación de criterios que aglutinen a sus miembros, creemos que desde las emociones sería posible entrelazarlos entre sí y a un contexto más allá de su diversidad en ingresos y capitales culturales o el estatus ocupacional que tuvieran.

¹ Estas ideas sobre las características históricas de la clase media argentina, puestas en crisis con el auge neoliberal, provienen en los trabajos de las autoras tanto más del sentido común que de estudios y ensayos que las trazaran, entre dichos estudios nosotros podríamos mencionar a Germani (1943), Bagú (1950), Sebreli, (2003) y Jauretche (1966).

Breve repaso sobre los orígenes de la clase media argentina

Los clásicos estudios de Germani en los años cuarenta explicaron la conformación de la clase media aludiendo al proceso de modernización dado entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX con al auge inmigratorio, la urbanización, la ampliación del empleo público y del sector servicios, la expansión de la educación y el poder de compra. Desde 1914, para el sociólogo, los claros índices de modernización y la alta fluidez social se hacen visibles en los censos que demostraban un incremento sostenido de la clase media frente a las clases populares. En contraste, esas mismas expectativas o experiencias de movilidad social para Romero y Gutiérrez (2007), estudiosos de la cultura popular porteña de las décadas del veinte y treinta, impiden hablar de clases en la Argentina de entreguerras al diluir las posibilidades de la población de construir una identidad clasista, cualquiera sea.² Dicha imposibilidad, según Míguez (1999), quien analizó la experiencia inmigrante italiana, se fundaría además en que la cuestión étnica colocó obstáculos a las construcciones identitarias clasistas.

Respecto a lo que sería una tardía constitución identitaria de clase media en Argentina, Garguin (2009) explicó que la categoría “clase media” se cristalizó recién con la llegada del peronismo debido a la solidez del mito de un país homogéneo, blanco, europeo y con movilidad social general, un mito disuelto luego a través de discursos étnico-raciales en los cuales los “cabecitas negras” tuvieron un alto impacto. Desde la perspectiva, la conformación de una identidad nacional en base a los datos emanados desde el Estado, en el marco del proyecto hegemónico del liberalismo oligárquico, habría sido tan exitosa que incluso la clase media no pudo nombrarse a sí misma hasta mediados del siglo XX.

También para Adamovsky (2009) la identidad de clase se constituye recién con la llegada de Perón y en clara oposición a los obreros que, por su color de piel, venían a demostrar que aquella imagen racializada de la Argentina correspondía únicamente a los descendientes de inmigrantes europeos y no a toda la Nación. El infrecuente uso de la expresión “clase media” durante las primeras

2 Según los autores la perspectiva de progreso que habría triunfado en el imaginario de los sectores populares hizo que entre estos se fuera perdiendo en el período de entreguerras su identidad contestataria. Camarero (2007) objeta por vaga y opaca la idea de “sectores populares urbanos” (p. 37) que habrían generado hacia los años veinte en los barrios porteños una “identidad popular, conformista y reformista” diluyente de los bordes de clase. Por el contrario, propone la centralidad de las ideologías anticapitalistas y de la clase obrera en la cultura popular del periodo si se analizan las prácticas de clase desde un punto de vista relacional y se la concibe como “una categoría histórica, en la que la estructura, la experiencia, la conciencia e identidad operan como elementos constituyentes” (Camarero, 2007, p. 55).

décadas del siglo XX, así como la falta de agrupamientos entre distintos gremios que representen a los sectores medios o de reclamos que los unifique tras los mismos intereses, indican según esta mirada una lenta y tardía constitución identitaria en la misma medida que ponen en duda los lineamientos argumentativos de Germani que unían inmigración, movilidad social ascendente y surgimiento de ocupaciones modernas al nacimiento de la clase media. En el planteo de Adamovsky el proceso de modernización termina por ser uno autoritario y excluyente y la clase media se convierte en una categoría estratificante y antiplebeya que debilita el campo de lo popular, una originada especialmente desde el poder político interesado en marcar una barrera identitaria -y de “contención”- que evitara su radicalización.

Por su parte, y a diferencia de la visión de Adamovsky, Losada y Roy Hora (2011) cuestionan la imagen de que las clases medias constituyeran una idea que se nutrió en sus orígenes principalmente mirando hacia arriba. Sostienen ellos que en los años de entreguerras las élites dejaron de ser un modelo y pasaron a convertirse en contraejemplo moral ya que las bases sociales encontraban en la moderación y la respetabilidad sus valores, en oposición al placer hedonista y la ostentación de la aristocracia criolla. Para estos autores las circulaciones culturales y consumos desde los años veinte empezarían a ir desde las clases medias a las altas homogeneizando a la sociedad, incluso las segundas mencionadas habrían incorporado valores de las primeras que se convierten en referencia social, como el ahorro y el esfuerzo. Entre los valores de “clase media” de los que hablaron Losada y Roy Hora, Míguez (1999) colocaría el de la familia nuclear que reside en la misma casa. Es ese modelo familiar el que definiría la identidad de clase media y sus atributos (respetabilidad, sacrificio, responsabilidad), el que se expande con velocidad en las primeras décadas del siglo XX “por arriba y por abajo” de la sociedad y el que el autor vincula -desde una visión germaniana- a la pauta inmigratoria, la urbanización y la expansión de la educación.

Resulta llamativo que en la interpretación de las variadas fuentes utilizadas por los diversos trabajos citados, el prisma no se haya colocado en los aspectos emocionales, las experiencias ligadas a la sensibilidad o las estructuras emotivas de cada época como factores que han influido en la construcción identitaria de clase.³ Y teniendo en cuenta que la vertiente historiográfica a la que abonan

3 Una excepción al respecto de la importancia de las emociones en los abordajes historiográficos, si bien la clase media no haya sido el tema central de su trabajo, la hallamos en Karush (2013). El autor sostiene que la radio y el cine, como consumos culturales, entre 1920 y 1946, “diseminaron versiones de la identidad nacional que reprodujeron e intensificaron las divisiones de clase” (p. 19) entre pobres y ricos, y que más tarde fueron asidas por el discurso político peronista en la búsqueda de obtención de apoyo popular, en parte gracias al uso de la envidia y el orgullo de clase circulantes en los melodramas que consumían los argentinos.

concibe a la “clase” como un constructo identitario permanente que se va dando forma (y le va dando forma al mundo) en la praxis, y que por lo general han rehuido de la utilización de categorías estructuralistas, llama la atención también que se haya descuidado la emoción como una variable fundamental a integrar en los análisis del desarrollo de la clase media y su compleja constitución identitaria.

El aporte de las emociones

La investigación sobre el desarrollo histórico de la clase media como colectivo y como identidad ha soslayado el carácter emocional-sentimental en la construcción de las diferencias dentro de la narrativa y en el accionar de los distintos actores a lo largo de distintos escenarios de la historia. A las intersecciones entre clase y género, etnia, raza o territorio, que permiten abordar las condiciones bajo las cuales determinados colectivos se adscriben a determinada categoría y se reconocen en la misma, como la de “clase media”, se les puede incorporar las emociones. Pero, ¿cómo?, ¿es posible incorporar un marco teórico y metodológico que colabore con ello sin caer en el reduccionismo o las generalizaciones? Cualquiera sea, debiera este marco concebirse desde la heterogeneidad y la flexibilidad, permitiéndole a la historia múltiples puertas de entrada. Aquí reflexionaremos sobre algunas que se nos han ocurrido en el desarrollo de una investigación sobre la clase media argentina de los años veinte.

Una de las puertas la hallamos en los planteos de Hochschild (1979). La socióloga sostuvo que hay muchos empleos que requieren una valorización de las reglas de demostración, las reglas del sentimiento y la capacidad de actuación profunda, es decir un cambio genuino en el sentir interno y en su expresión con el que intentar adaptarse al rol exigido por la posición socioocupacional. Dice, por otro lado, que cuando los gestos profundos de intercambio ingresan en el sector mercantil y se compran y se venden como aspectos de la capacidad laboral, los sentimientos se mercantilizan con ellos. Y este “trabajo emocional” por lo general no afecta a la clase obrera que, salvo excepciones, no requiere gran elaboración emocional al trabajar con cosas y no con personas. Consideramos entonces que la elaboración, control y supresión de las emociones en las personas son aspectos a analizar para diferenciar los rasgos identitarios de las distintas clases sociales.⁴ El problema no es tanto aquí el modo de acceder al

4 En sentido similar al de Hochschild, la reconocida socióloga de las emociones Eva Illouz (2007) se preguntó por la articulación entre sufrimiento emocional y clase social, por la relación entre vida emocional, desigualdad de clase y reproducción de clase. Citando a Freud, ella destacó que las emociones desempeñan un poderoso e invisible papel en perturbar las jerarquías de clase y que en el caso de la clase media son funcionales a la esfera laboral capitalista al tener que aprender los

“yo interno”, sino las estrategias movilizadas desde lo práctico y lo teórico para extender una serie de características al resto de un grupo social, puesto que no basta la aseveración baladí de que las emociones y sentimientos de cada persona son construcciones de todos. Quizás, en la intención de zanjar la siempre presente dicotomía entre lo individual y lo colectivo, entre la agencia y la estructura, sería de utilidad –siguiendo planteos de Hunt (2009)- conocer y analizar desde el estudio biográfico la manera en el que las mentes individuales sienten, primero, y comprenden, después, los cambios vividos en su contexto a medida que los van haciendo posibles. Saber cuáles son las condiciones para que aquello que en un momento parecía imposible de concebir, se les vaya presentando como algo social e intelectualmente evidente. Claro que acceder a ese proceso no es tarea sencilla y exige tanta o más creatividad científica que rigurosidad en la selección y análisis de las fuentes. Teniendo en cuenta nuestro tema de interés, podríamos preguntarnos de qué manera la gente corriente terminó aceptando como algo evidente que un almacenero, un empleado administrativo, un docente y un gerente pertenezcan a una misma clase social a pesar de sus diferencias; y, sobre todo, preguntarnos por qué la categoría “clase media” tuvo tanto éxito en su difusión y en la autopercepción de las personas. Seguramente, las formas específicas de subjetividad ligadas a la emocionalidad cumplieron una tarea fundamental en la “clase-mediación” social, al igual que los efectos de la masificación cultural sobre los sectores populares.

Respecto a las relaciones entre la cultura de masas y las identidades de clase desde un enfoque centrado en la perspectiva emocional, abrimos otra puerta. Podríamos abordarlas desde el concepto teórico “estructura del sentimiento”. Este permitiría entender el vínculo entre las categorías presentes en las fuentes y cada contexto histórico al remitir a “experiencias sociales en solución” (Williams, 2000, p. 156), es decir a significados, formas de pensar y creencias que circulaban en determinado momento pero todavía se encontraban en desarrollo, por lo que carecían de reconocimiento acabado y comprensión al suceder y tampoco se habían sujeto en instituciones, aunque conformaran la sensibilidad y articularan los discursos particulares de aquellos que se sentían de clase media y se expresaban, por ejemplo, en la prensa y la literatura. No se trataría, para el caso, simplemente de hallar en los discursos un quiebre o momento histórico clave en el nacimiento de una identidad de clase media en tanto y en cuanto se la empieza a nombrar en los sectores no privilegiados de la sociedad y por fuera del

miembros de esta clase la renuncia, la moderación y el autocontrol, cuan mayor es este aprendizaje social –sugiere Freud-, menor es la realización y la felicidad individual alcanzada y –por tanto- la capacidad de reproducirse (Illouz, 2007, p. 157).

discurso de los políticos con intencionalidades políticas.⁵ Porque si no consideramos a la clase media como categoría performativa, no debiera existir ansiedad alguna por encontrar el momento exacto en la generalización de la expresión. Puesto que la misma no comprende un acto mágico constituyente inmediato de la realidad ni de la conciencia común de una tercera clase que rompe con el modelo binario de sociedad, si es que este existía en la Argentina preperonista como lo sostienen las más recientes y difundidas miradas historiográficas, sino que hay una realidad que la precede como estructura del sentimiento y hasta podría haber un concepto que se corporiza antes de ser enunciado e inclusive al ser enunciado lo hace bajo un cuerpo que lo anticipa, sea –por ejemplo- el de las mujeres avergonzadas por verse obligadas a “coser para afuera” o el de varones que ocultan con sufrimiento las roturas en su levita raída o que vivían en una pensión. Hay esencialmente una categoría abierta que se va llenando de acciones y de rasgos identitarios diversos y en tensión, y en este llenado el género, la posición material, la estética, la conciencia, las apelaciones políticas, los consumos culturales -entre tantos otros aspectos- se dan al mismo tiempo, sin preminencia de ninguno, pues si no existe separación de áreas en las actividades humanas, mucho menos en la de darse una identidad de clase.

Entonces, resulta imprescindible el análisis de la identidad de clase media -y sus múltiples condiciones de existencia- como irreductible a la idea de un grupo dominante que pone a circular una mera expresión desde arriba con la pretensión de universalizar una ideología. Dicha hipótesis terminaría depositando de modo abstracto la idea de clase media en una superestructura, alejándola de una implicación de lo sucedido en las relaciones materiales y la experiencia, y asignándole desde su aparición y desde su extensión propiedades fijas que parecieran ser forjadas desde un exterior que instala el concepto en la sociedad para controlar a la clase que designa, más allá de la voluntad, el deseo y la experiencia de vida de los varones y mujeres que se identificaron con la misma, se sentían parte de ella y hasta en ocasiones podrían pretender romper como grupo con los sentidos de época instalados a su alrededor. Este último aspecto nos remite a una tercera puerta para establecer vínculos analíticos entre emociones e historia de la clase media. La de Rosenwein (2006) y su concepto de “comunidad emocional”. Ella denomina así a un grupo o espacio en el que sus integrantes se relacionan por un mismo sistema de sentimientos, asumen y se imponen entre sí las mis-

5 Desde una mirada williamsiana, quien investiga debe reconstruir los sentidos sociales en la literatura y cualquier expresión del arte, ya que allí no se presentan estrictamente fines y criterios utilitarios, como sí los tienen los discursos políticos o gremiales. Aproximan así con mayor eficacia a las formas que asume el proceso social general del que parten y del que son parte; a las formas de construcción y transformación en la hegemonía, de un orden social y de la legitimidad de ciertas relaciones de dominación- subordinación que la hegemonía supone.

mas normas de expresión emocional, y valoran los mismos afectos juzgando los de los demás, relacionándose con otros grupos, articulando su moralidad y sus propios fines sociales. Desde allí sería posible abordar las emociones halladas en situaciones discursivas concretas que han colaborado en el devenir de una comunidad emocional en clase, en determinados contextos, por ejemplo, huelgas o movilizaciones. Porque en estas situaciones se mueven las emociones de manera excepcional. Aparecen en todas las fases y aspectos de cualquier protesta social, se reproducen en la multitud, se expresan en los conflictos de clase y las lealtades de sus miembros, motivan a los individuos e impregnan sus estrategias “racionales” de cara a los demás actores involucrados en los conflictos (Jasper, 1997; Scribano & Artese, 2012). Si pensamos en cómo las distintas comunidades emocionales se podrían tornar en clase, hallamos en los momentos de conflicto que las involucran un material clave de cara a la selección de fuentes.

Vimos, a partir de distintos conceptos e ideas, que las emociones pueden convertirse en puertas posibles para ingresar al estudio del proceso de conformación de una identidad de clase media. Este proceso, al ser concebido como una experiencia emocional que une y articula a muy diversos colectivos que pudieron ser representados y categorizados como clase media, precisa delimitar emociones y expresiones emocionales a estudiar.⁶ Ahora bien, ¿cuáles podrían ser?, ¿por qué?

Una emoción posible, un camino por andar

El orgullo y la vergüenza son las emociones sociales básicas al señalarle al individuo el estado del vínculo social, son parte de un juego de valoraciones entre unos y otros que nos halaga o nos hace ver ridículos provocando sufrimiento. Tienen como tal una función primordial en la generación de poder y estatus al interior de cada sociedad (Kemper, 1978; Scheff, 1988). Siendo una emoción potente – aunque de baja visibilidad – la vergüenza tracciona mucho de la acción de los individuos. Elías la define como “una excitación específica, una especie de miedo que se manifiesta de modo automático y habitual en el individuo por razones concretas.” Este miedo comprende un movimiento dual, por una parte es miedo ante la inferioridad frente a los demás; por otra parte, manifiesta también un disgusto producido en el individuo temeroso a la supeditación, al no poder defenderse “de este peligro mediante un ataque físico directo u otra forma de

6 Reddy (2001) llama *emotives* a las expresiones en palabras de la emoción sentida. Para el autor existe en la historia una sucesión de regímenes emocionales que funcionan como estructuras constituyentes de las normas sentimentales que dominan a la sociedad formalmente en tanto imponen a los sujetos una serie de comportamientos emocionales esperados, y que son fundamentales tanto para la estabilidad de las distintas maneras de organizar el poder como para su cambio

agresión.” (Elias, 1993, p. 499). En ese sentido, vergüenza, control social y auto-coacción se encuentran íntimamente ligados.⁷

La sociología de las emociones ve en la vergüenza un ordenador social fundante. No es descabellado concebir que la modernidad burguesa, aun antiaristocrática y teóricamente igualadora y dadora de libertades, ha encontrado en esta emoción una forma de encausar las diferencias, aminorar el conflicto y debilitar a los elementos desestabilizantes, especialmente en situaciones de pugna social y frente a ciertos sectores que se tornarían peligrosos en caso de no dirigir hacia arriba los canales de identificación y hacia abajo el desdén y el enojo –como afirma Hochschild (2009) que suele suceder-, siendo estas últimas emociones las que más estropean el vínculo de unión entre los distintos grupos que integran las masas populares.

Si consideramos que cada sociedad regula qué, cómo, cuánto y cuándo debemos sentir y expresar, cuál es el sentimiento apropiado y deseable en cada caso y cómo se expresa en el lenguaje (Reddy, 2001), observaremos que hay formas de control emocional sobre los cuerpos que operan sobre el orden social, que resultan imperceptibles aun con consecuencias devastadoras en quienes sufren su imposición. Los poderosos y quienes carecen de poder viven diferentes mundos, no sólo físicos y sociales, sino también emocionales. Los poderosos – asumiendo aquí una perspectiva prosaica del poder- logran contar con una condición “honorífica” sin realizar esfuerzo alguno; en cambio, quienes no corremos la misma suerte, debemos ganar el honor (el estatus en sentido weberiano) con sudor y lágrimas. Siguiendo la misma lógica, podemos pensar que en el marco del capitalismo son los sectores sociales ávidos de adquirir su cuota de honor los que asumen actitudes heroicas soportando “virtuosamente” la carencia y el sufrimiento en silencio y con abnegado trabajo individual. No se juega allí, por ejemplo, solamente el miedo al pobre propio de los estamentos dirigentes, se juega en especial la vergüenza de parecer pobre o, lo que es peor, la de ser aquello que se desprecia consciente o inconscientemente, y de no ser lo que se desea.

7 La auto-coacción funciona como una coacción que se imponen los individuos a sí mismos de manera natural, regulando sus propios afectos, conductas y emociones. Elías (1993) sostuvo que durante el surgimiento del Estado Moderno –con su aparato de vigilancia y control- esta regulación o contención deja de precisar de prohibiciones externas y se la comienza a modelar a través de sentimientos como el miedo y la vergüenza. La internalización en la conciencia de las formas externas de control torna a los sujetos “civilizados” al ser capaces de frenar una serie de impulsos corporales, pasiones y emociones espontáneas que se perciben socialmente como inciviles, y por tanto ajenos a la norma social fundamentada en relaciones de poder. Según Elías el cumplimiento de la norma, por autovigilancia y autocontrol, comprende un elemento importante en la diferenciación social de las personas desde la Modernidad.

La vergüenza se convierte de este modo en el corolario del miedo absoluto al desprestigio y, como tal, es una emoción orgánica y afectiva en tanto puede hacer ruborizar y hasta llorar. La vergüenza de clase, y no el orgullo de clase, pudo haber confirmado en sus efectos (incluso corporales) que un heterogéneo y numeroso grupo de argentinos y argentinas (con diversas ocupaciones e ingresos, por ejemplo) integraban un mismo sector de la sociedad en el que confluía la misma emoción frente a las mismas situaciones de la realidad, incluso aunque no conformaran un gremio unificado “de clase media”.

Abonando al extendido interés sobre las subjetividades y relativizando la importancia del momento de difusión social de la categoría “clase media” en el país, consideramos que el estudio histórico desde emociones sociales como la vergüenza junto a una lectura e interpretación de las fuentes – ya no sólo las del mundo privado como lo son las cartas o diarios íntimos- que haga hincapié en las experiencias sociales del sentir de distintas comunidades, podrían decirnos mucho más sobre la construcción de la identidad de la clase media que el análisis cuantitativo de sus ingresos y consumos a lo largo de la historia. Inclusive servirían en la comprensión de ciertas decisiones o inclinaciones políticas en distintos momentos por parte de los heterogéneos sectores que la conformaron si tomamos en cuenta -como sostiene Hochschild- que en las emociones o falta de emociones, en su expresión u ocultamiento, se encarnan las posturas ideológicas de los agentes como la otra cara – o la misma- de las reglas del sentimiento.

Por otra parte, consideramos que la expansión de análisis generales sobre la experiencia social de las distintas emociones le otorgaría a la disciplina histórica un sinfín de caminos por recorrer. Aunque historizar las emociones y desde las emociones implica la recurrente e incómoda necesidad de pedirle prestados a otras disciplinas conceptos complejos y arriesgadas herramientas que conllevan al abandono del confort académico de los trabajos fragmentados sobre realidades diminutas que preferirían no mezclar emociones con instituciones; sentimientos con ciencia; afectos con estructuras; intimidades con grupos sociales; y peras con bananas, aunque ambas sean frutas. Asumimos entonces la incomodidad de apelar a un marco teórico y metodológico heteróclito, así como la necesidad del mismo a la hora de responder que tan útil y viable es el estudio de las emociones al hacer historia de la constitución de una identidad de clase y de la construcción de barreras sociales que ésta supone.

Para finalizar, enfatizamos que la influencia de las emociones en la conformación y las características de la identidad de la clase media argentina (y de cualquier país) merece ser tenida en cuenta en próximas investigaciones historiográficas que logren observar en conceptos como “comunidad emocional” y “trabajo emocional” un camino tan posible como debatible. Y en otras que aun-

que puedan ocuparse, como ya se hizo, de encontrar la categoría “clase media”, o similares, en distintos discursos individuales o sectoriales, lo hagan sin soslayar la existencia de una misma estructura del sentimiento respecto a qué grupos y de qué modo conformaron la sociedad. Queda por delante la ardua y necesaria tarea de reconstrucción de los aspectos del lenguaje emocional y de las sensibilidades que colaboren en el análisis de la clase media como signo en disputa hasta el presente y como producto de la desigualdad social que la aquejó en la misma medida que sus integrantes la han reforzado en diferentes momentos de la historia. Lo han hecho, paradójicamente, con un discurso emocional en torno al igualitarismo y el fin de los privilegios sectoriales.

Bibliografía

- Adamovsky, E. (2009). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta.
- Adamovsky, S. Visacovsky y P. Vargas (Comps.) (2014). *Clases medias : Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*. Buenos Aires : Ariel.
- Camarero, H. (2007). Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares. *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, 4, 35-60.
- Elias, N. (1993). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Garguin, E. (2009). ‘Los argentinos descendemos de los barcos’. *Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920-1960)*. En E. Garguin & S. Visacovsky (Eds.), *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos* (pp. 61-95). Buenos Aires: Antropofagia.
- Germani, G. (1943). *Sociografía de la clase media en Buenos Aires: Las características culturales de la clase media de Buenos Aires estudiadas a través de la forma de empleo de las horas libres*. Boletín del Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2.
- Gutierrez, Leandro y Romero, Luis A. (2007). *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires:
- Hochschild, A. R. (1979). *Emotion work, feeling rules, and social structure*. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575.
- Hochschild, A. R. (2009). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires: Katz.
- Hora, R., & Losada, L. (2011). *Clases altas y clases medias en la Argentina, 1880-1930: notas para una agenda de investigación*. *Desarrollo Económico*, 50(200), 611-630

- Hunt, L. (2009). *La invención de los Derechos Humanos*. Barcelona: Tusquets.
- Illouz, E. (2007). *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Madrid: Katz.
- Jasper, J. M. (1997). *The Art Moral of Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. Chicago: University Chicago Press.
- Jasper, J. M. (1997). *The Art Moral of Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. Chicago: University Chicago Press.
- Jauretche, A. (1966). *El medio pelo en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Karush, M. (2013). *Cultura de clase: Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*. Buenos Aires: Ariel.
- Kemper, T. D. (1978). *A Social Interactional Theory of Emotions*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- Reddy, W. (2001). *The navigation of feeling: A framework for the history of emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosenwein, B. H. (2006). *Emotional Communities in the Early Middle Ages*. Ithaca/Londres: Cornell University Press.
- Scheff, T. (1988). Shame and Conformity: The Deference – Emotion System. *American Sociological Review*, 53(3), 395-406.
- Scribano, A., & Artese, M. (2012). Emociones y Acciones Colectivas. Un bosquejo preliminar de su situación hoy. En A. L. Cervio (Ed.), *Las tramas del sentir. Ensayos desde una sociología de los cuerpos y las emociones* (pp. 85-114). Buenos Aires: Estudios Sociológicos.
- Sebreli, J. J. (2003). *Buenos Aires, vida cotidiana y alienacion & Buenos Aires, ciudad en crisis*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Siglo xxi.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Svampa, M. (Ed.) (2000). *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- Visacovsky, S., & Garguin, E. (2021). *Argentina y sus clases medias: panoramas de la investigación empírica en ciencias sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- Visacovsky, Sergio y Garguin, Enrique (comps.) (2009). *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Williams, R. (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ed. Península.
- Wortman, A. (Ed.) (2003). *Pensar las clases medias. Consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*. Buenos Aires: La Crujía Ediciones.
- Wortman, A. (Ed.) (2003). *Pensar las clases medias. Consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*. Buenos Aires: La Crujía Ediciones.